

Algunos saben cargar el lavavajillas y a otros les trae sin cuidado

Hay dos tipos de personas en este mundo: las que cargan el lavavajillas de cualquier manera, meten la pastilla, lo encienden y se quedan tan tranquilas; y a las que les da un tic nervioso solo con ver cómo lo hacen las primeras.

Mi marido pertenece al segundo tipo. Peor aún, cuando yo cargo el lavavajillas, él viene después a reordenarlo.

Increíblemente, todavía no le he pedido el divorcio, a pesar de que estoy casi segura de que esto es motivo de sobra. ¿Cuántas veces le habré sacado a colación esta tendencia sociopática suya? Hasta la estoy mencionando en la prensa nacional. Me pone hecha una furia que se ponga a recolocar los platos sucios que acabo de cargar mientras yo aún estoy ahí. Pero a él poco le importa y merodea, listo para abalanzarse al lavavajillas antes de que yo pueda darle al botón de encendido. Claro que yo podría, sencillamente, darme por contenta por tener un cargador de lavavajillas permanente. Pero esos grandes suspiros que da, como si de un enorme agravio se tratara, me vuelven loca.

Un estudio reciente realizado en Gran Bretaña reveló que las parejas discuten por las tareas del hogar unas cinco veces a la semana. ¿Sólo cinco? La única explicación que se me ocurre es que uno de ellos viaje mucho por trabajo.

Hay que decir que el señor de la casa cumple con su parte cuando está aquí. De eso que no quepa duda. Lo que pasa es que tenemos formas distintas de hacer las cosas y de percibir las. Por ejemplo, a él le parece que el pomo de la barandilla es un lugar perfectamente adecuado para colgar su abrigo, mientras que a mí me parece que el flamante perchero que yo misma monté y coloqué debajo de la escalera específicamente con ese propósito, y que está adornado con los abrigos de todos los demás, es el lugar correcto.

O, si estoy cocinando, él suele hacer comentarios tan útiles como: «¿Estás segura de que lo has dejado el tiempo suficiente?». Mejor no decir mi reacción ante ese tipo de comentarios.

Está obsesionado con los cubos de la basura: el de reciclaje, el compostador, todos. Por lo que a mí respecta, no me acercaría a ese maloliente contenedor marrón ni aunque mi vida dependiera de ello, así que él acumula todos los restos de comida en un plato y lo deja en la encimera de mi cocina, listo para llevarlo al compostador cuando salga. Por supuesto que a la mañana siguiente el plato lleno de restos sigue donde estaba.

Lo de las tareas domésticas en mi casa es como plantarle cara a un tsunami. No hay manera de tenerlas bajo control. Estoy segura de que mis padres creen que es mi karma, por todo el caos que dejé a mi paso cuando era niña.

ES/ST/062

Hace un rato le oí quejarse ante el lavavajillas: «Pero, ¿quién metió la bandeja del horno así?». «Yo», contesté al entrar en la cocina. «Está al revés», dijo, apuntando con el dedo a la bandeja boca arriba.

«Debe haberle dado la vuelta el agua», contesté, a sabiendas de que no está muy claro cuál de los dos es el verdadero sociópata.

Jen Hogan, *The Irish Times*, 13 de marzo de 2023